

NOTAS

F. AGOSTINO GEMELLI

Por Monseñor Félix Henao Botero

Lo mismo que en casi todas las regiones de Europa, también en Italia los católicos miraron con desvío mucho tiempo la psicología debido a que su fundador Augusto Comte, positivista, negaba la existencia de las causas últimas y toda posibilidad de conocimiento metafísico, de donde la psicología de todo tenía menos de filosofía, a no ser que se denomine con tal nombre el estudio de los hechos sin alma. Era la psicología sin alma del mecanismo que recortaba el vuelo del espíritu humano y por lo tanto las fuentes de la cultura. Esa psicología positivista era un capítulo de la biología, de una biología que rechazaba infatuada la existencia del espíritu y los dones y valores eternos. Roberto Ardigo, el apóstata, publicada su obra en el año fatídico de 1870: "La psicología como ciencia positiva", seguida de otra no menos mecanicista: "Unita della coscienza" lo cual contribuyó a que del campo católico se continuase viendo en la psicología una especie de herejía, atrevida y espaciosa.

La obra de Gemelli. — Nació Gemelli en Milán el 18 de enero de 1878 y fue bautizado con el nombre de Eduardo, nombre que fue cambiado por el de Agustín cuando se hizo franciscano. Siendo un joven de dieciseis años escribió un trabajo consciente sobre el microorganismo de las plantas y de los animales y otro sobre el sistema nervioso de los insectos, demostrando con ello el ambicioso espíritu precoz de investigación. A los diez y ocho años ingresó a la Universidad de Pavía a estudiar medicina en la cual obtuvo a los seis años su grado con brillo y éxito. Allí continuó investigaciones como auxiliar del profesor Camilo Golgi, famoso histólogo. Realizó investigaciones acerca de la histología, de embriología y especialmente sobre la fisiología de la glándula pituitaria. Pero, hombre inquieto, le sirvió el laboratorio para preocupaciones de la vida real sobre asuntos de sociología, filosofía y religión. No obstante su familia ser católica, el influjo anticlerical y materialista hicieron huella profunda en sus ideas religiosas tanto más cuanto que el influjo de Haeckel y el del marxismo sostenían que el Dios único y la solución de todos los problemas y valores del espíritu se reducían a un materialismo crudo, atrevido y negador de todos los principios religiosos y metafísicos. Felizmente para Gemelli, para la cultura y para la Iglesia un profesor de derecho tenía entonces gran prestigio como sabio y como santo y su influjo ejercía atracción singular sobre numerosos estudiantes, uno de los cua-

les fue Gemelli. Más tarde será Gemelli el promotor de la causa de beatificación y canonización de su maestro.

La exuberante energía de Gemelli lo llevó a intervenir en política socialista con osadía y arrojo pronunciando conferencias, escribiendo artículos y fundando revistas. Pronto se desengañó del materialismo y regresó al idealismo de Avenario, Bergson y los congéneres. Durante este período se acercó a intelectuales católicos como Necchi y Pini, jóvenes valientes quienes lo acompañarían más tarde en la Universidad Católica de Milán. Pini y Gemelli frecuentaban la Ambrosiana de Milán donde Aquiles Ratti ejercía una posición predominante. Corriendo el tiempo, Ratti ascenderá al trono de S. Padre y Gemelli será nombrado rector de la Universidad Católica de Milán por su maestro Pío XI, y primer presidente de la Academia Pontificia de Ciencias restaurada por el Papa milanés. Desilusión con la ciencia hinchada de entonces, influjo de Pino y Necchi, de la Ambrosiana y de Ratti, operaron, con la gracia divina, un cambio total en Gemelli y a despecho de Golgi, de su hermano garibaldino y de no pocos familiares, se entró al convento de los franciscanos, cerca de Brescia, en donde recibió la sagrada unción sacerdotal en 1906. Entonces se propuso lo que sigue siendo el pensamiento de su vida: llevar a Dios a las clases intelectuales, tanto en su vida como en su inteligencia. Gemelli estudió biología y fisiología en varias universidades como Francfort, Bonn, Munich, Colonia, Viena, Lovaina, París. En 1911 presentó su doctorado en Filosofía en la Universidad de Lovaina.

Kiesow, Külpe y Krappelin con quienes estudió y trabajó Gemelli, lo inclinaron cada vez a más a dedicarse a la psicología con esa decisión que aún conserva en su ancianidad. En aquellos días del año 14 recibió dos ofrecimientos: uno del gobierno de Tokio para enseñar psicología en la Universidad y otro del gobierno italiano para regentar la misma cátedra en la Universidad de Turín, habiendo preferido Gemelli quedarse en su patria. Fundó con Kiesow el "Archivio di Psicología" en el que publicaron artículos y experiencias sobre todo refutando las teorías lombrosianas.

Durante la primera guerra europea Gemelli tuvo el grado de coronel y sirvió como médico y psicólogo en el cuartel del estado mayor italiano. Con su influjo revivió en los ejércitos italianos la fe con prácticas religiosas y empezó un movimiento cada día más acentuado de consagrar batallones al Sagrado Corazón. Desde allí, de su puesto de capellán, publicó frecuentes boletines que se distribuían gratuitamente entre los soldados, sobre problemas religiosos y morales para el ejército. Estableció igualmente el primer hospital de psiquiatría y en sus laboratorios se han venido examinando las condiciones psíquicas de los pilotos de la aviación italiana. A ese entonces pertenecen sus dos célebres ensayos sobre "Folklore de Guerra" y el "Análisis psicológica della paura", análisis psicológico del miedo.

La Universidad Católica de Milán. — Pasada la guerra empezó Gemelli a defender en artículos y conferencias la necesidad de la fundación de una Universidad católica, lo cual ya había sostenido desde el año de 1907 y que ahora pasada la guerra, cobraba actualidad y viabilidad. Durante el conflicto, Gemelli hizo voto de fundar un Instituto Superior de investigaciones si regresaba sano y salvo; ese voto al Sagrado Corazón se había de convertir en la Universidad Católica. Fue difícil obtener el doble permiso de la autoridad civil y el de la Jerarquía eclesiástica pero al fin llegaron ambos. El Papa Benedicto XV instituyó por un breve la Universidad Católica del Sagrado Corazón y recomendó como le-

Notas

gado en la fundación al excelentísimo arzobispo de Milán Aquiles Ratti, más tarde Pío XI, para la ejecución. En su discurso augural dijo aquellas palabras: "Vivat Crescat, Floreat". Empezó la Universidad con departamentos de Filosofía y Letras, ciencias sociales y con 107 estudiantes. Pronto se le agregó una escuela secundaria. El Estado italiano le reconoció los estudios y la facultad de conceder títulos con lo cual el número de alumnos creció rápidamente.

Gemelli fue nombrado rector desde el comienzo y, no obstante el recargo de tareas administrativas, continuó las investigaciones científicas en psicología y aquella producción en revistas y libros que asombra por la originalidad, maestría, novedad y madurez. Ha asistido a numerosos congresos internacionales de filosofía, psiquiatría y psicología lo mismo que a los de la Universidades Católicas cuya confederación internacional se le debe a él. Dieciseis volúmenes de psicología han aparecido, obra suya y de sus colaboradores. El más original y brillante fue el estudio sobre el lenguaje, basado en el electroacústico de su admirable laboratorio, uno de los mejores de Europa. A él se deben los estudios de electroencefalografía, psicología social, gerontología, psicología industrial, etc.

Uno de los más eminentes colaboradores suyos en la Universidad ha sido Zunini, quien, después de sus trabajos de Pavía sobre paleontología y biología comparada pasó a los trabajos de investigación en Milán sobre psicología comparada y sistemática. "La Introduzione alla Psicologia" publicada con Gemelli y otras publicaciones tienen vigencia y son orientadoras. Discípulos suyos han sido numerosos psicólogos o psiquiatras como Galli, Gatti, Trabattoni, Jacone, Wirt, Terstenjak etc., nombres eminentes y conocidos en el mundo de la psicología. De Viena, Yugoslavia, Rumania, Canadá, Estados Unidos, Lituania, China han llegado sabios en psicología a conocer los trabajos de investigación o a tomar cursos breves en el laboratorio.

Ha fundado él en la Universidad, bajo su dirección, "Revista de Filosofía neo escolástica", "Vita e pensiero" y las de psicología y psiquiatría ya mencionadas.

El escritor. — Es admirable la variada fecundidad espiritual y científica de Gemelli. Desde la edad de dieciseis años está escribiendo sin cesar. Año tras año aparecen diversas producciones suyas de los más variados motivos intelectuales. Sus artículos han sido coleccionados en parte y en parte se han hecho reediciones sobre su vida de intelectual y de apóstol. Hay volúmenes que llaman especialmente la atención como "Nuevos horizontes de *psicología experimental*" traducido a innumerables idiomas; "Métodos y límites de la psicología en la prevención de la delincuencia", muy útil para profesores de derecho penal y para los jueces, fiscales y defensores; una publicación sumamente útil se llama "El valor del experimento en la delincuencia". Para los aviadores es interesante su libro: "Psicología del piloto del avión"; para los educadores es señalado su volumen: "El alma de la enseñanza"; para sindicatos y patronos arroja luces claras: "El obrero en la industria moderna".

En "La doctrina moderna de la delincuencia" refuta a Lombroso de quien fue discípulo en Pavía y estudia los últimos adelantos y teorías sobre el delincuente en su obra: "La personalita del delinquente nei suoi fundamenti biologico e psicologico".

En la filosofía es notorio el volumen denominado "Mi contribución a la filosofía neo escolástica".

Notas

En materia de teología pastoral trae datos y contribuciones preciosas al tremendo problema sexual en su obra "Non moechaberis", no fornicarás... Como son interesantes: *Tu vida sexual*, y uno de gran actualidad: *la Fecundidad artificial*.

Sobre San Francisco y el franciscanismo, sobre las batallas por la cultura, ha escrito ensayos, libros, folletos, artículos.

Ha completado el método neo escolástico de Mercier; ha establecido un puente de verdad entre la biología, la psicología y la filosofía, con las demás ciencias biológicas y psiquiátricas; ha demostrado que la oposición entre la fe y la ciencia solo existía en la conciencia obnubilada del anticlericalismo positivista y liberal; ha tenido confianza en que los datos de laboratorio nada tienen contra el alma; ha establecido claras diferencias entre el hombre normal y el anormal; ha descubierto los graves sofismas de Garófalo y Ferri; ha creado una escuela de investigación de la cual no pueden prescindir hoy los psicólogos, penalistas y psiquiatras y ojalá que los reformadores de los códigos penales nuestros, conozcan a fondo toda la ciencia de Gemelli en estas materias. Que si reforman sin conocerlo, ese código y esos códigos quedarán afectados por algunas que no se pueden tolerar en un mundo en que el pensamiento de Gemelli influye poderosamente en el derecho penal de Italia, madre del derecho penal. Una vez le preguntamos a Gemelli cuál obra era más importante entre las de la Universidad católica y él nos respondió sin titubear: "El haber formado profesores de psicología, psicoanálisis y ciencias penales para numerosas universidades de dentro y fuera de Italia".

Gemelli es uno de los más eminentes capitanes del espíritu humano en lo que llevamos de la centuria.

EL ORATORIO DE SAN MARCIAL

Por Francisco Javier Martínez N.

(Dedico mi colaboración en este oratorio: a la memoria de mi padre, cuya orientación espiritual busco; a mi profesor de filosofía Padre Juan Bautista Naranjo, con motivo de sus Bodas de Plata Sacerdotales).

He querido consignar en esta pequeña obra la actitud que como creyentes católicos estamos obligados a aceptar. Si es conveniente que cada uno de los elementos que intervienen en el edificio como albergue del hombre, respondan a sus necesidades peculiares y sean manifestación del carácter social en que se realizan, es necesario que tales condiciones sean llenadas plenamente cuando lo que se construye es Casa de Dios y fábrica de oraciones.

De ahí que en su forma exterior la capilla tenga en el frontis la forma del perfil que adoptan las manos puestas en oración. No colocadas rígidamente, si no espontáneas como las de un niño que aprende a rezar. La pendiente de la cubierta es sensiblemente superior a la de los techos tradicionales para agudizar esta idea y simbolizar el profundo poder que alcanza en los cielos la plegaria.

Esta cubierta descansa en la bóveda que cobija el recinto sagrado, formando con ella y el muro posterior una caja de resonancia delante de la cual y en la parte superior, están las dos campanas de la espadaña, que actúan co-

Notas

mo centros de vibración. Las matemáticas proveen de las fórmulas necesarias, no aplicadas aquí, para que el conjunto de campana y caja de resonancia produzca el fenómeno físico por el cual las vibraciones son lanzadas como de un fuelle sin que se perciban en el interior del templo.



Creo necesario manifestar esto, ya que el sentido de las campanas es llamar y no se llama al que está presente. El recogimiento del alma en los mo-

Notas

mentos culminantes de las ceremonias religiosas se alcanza más fácilmente en medio del silencio. La piedad no necesita de estímulos externos cuando el alma está empapada de la solemnidad del acto que está viviendo. La Iglesia silencia sus campanarios durante los días en que revive el magno sacrificio y es a representarlo a lo que se consagra, por medio de sus sacerdotes, millones de veces diarias.



La forma interior obedece a dos graves problemas humanos:
1º Divorcio entre la ciencia y la religión. La necesidad que tiene el cien-

Notas

tífico de despojarse de la fe para internarse en los estudios científicos fue discutida con benéfica franqueza en siglos anteriores, y hoy se acepta clandestinamente en determinados medios. Tenemos que rechazar esta posición, y dejar constancia de ello, ya que es un hecho irrefutable como la ciencia en cada uno de sus trascendentales avances no ha hecho más que confirmar principios y normas dictados por nuestra religión. La incompatibilidad entre la ciencia y la religión no ha sido honradamente demostrada nunca. Unas veces nos hemos dejado guiar por las apariencias y las más, un criterio prevenido ha sido el orientador en la interpretación de los fenómenos naturales.

2º La religión es producto exclusivo de los sentimientos. O sea que los caminos del razonamiento y del análisis científico no pueden recorrerse en la religión. Como si la fuente más fecunda de inspiración y la gran modeladora de entendimientos no tuviera veinte siglos de generaciones dedicadas, en todos los campos, a desentrañar las verdades escondidas en cada una de las palabras de Cristo, para demostrar que hilos distintos a los sentimientos nos mueven en la religión. Puesto que la religión trata no sólo de estimaciones si no de valores, es lógico concluir que los sentimientos son sólo un estímulo y estímulo necesario, porque quién niega que si los científicos contemporáneos hubieran consultado los más elementales sentimientos religiosos, la destrucción de la humanidad no se presentaría con la agobiante proximidad con que nos amenaza?

Escogí dos leyes elementales de física para fijar lo anterior: una conocida antes de Jesucristo y la otra perteneciente a la física moderna, para encerrar cronológicamente la religión y la ciencia.

Estos dos temas se concilian en una solución estructural dada a la bóveda siguiendo la definición del arco según Leonardo de Vinci: "La unión de dos debilidades para formar un conjunto fuerte". La zona de la clave correspondiente al centro del arco completo que iría de muro a muro, se sustituye por una viga longitudinal que reduce la luz a la mitad y aporta cualidades diferentes para los arcos medios, haciéndolos más económicos. Se aprovecha esta viga como mástil de la cruz de la bóveda. La luz de la viga longitudinal se disminuye por medio de un arco transversal completo, con las mismas características exteriores que el mástil, y que constituye el transversal de la cruz. Una viga que sirve de marco a dicha cruz transforma los empujes laterales provocados por los arcos en cargas axiales verticales. Puede decirse entonces, que la cruz estructuralmente soporta toda la capilla, ya que ella sostiene la cubierta y la bóveda dándoles estabilidad a los muros. Efectúa lo que representa: en la religión católica la cruz es nuestro apoyo incommovible. Es el sello con que Nuestro Señor Jesucristo realizó la redención, cuando cargado con todas nuestras culpas, fue inmolado. En la cruz todas las faltas de la humanidad están pesando y ella las soporta para redimirnos.

La cruz fue el objeto que la Santísima Trinidad colocó en la tierra para que proyectada idéntica a través de todas las edades fuera la salvación de la humanidad. La física desde la antigüedad dice: que cuando un objeto se interpone en una trayectoria luminosa se produce una sombra, la cual para ser igual al objeto requiere: o que la sombra se confunda con el objeto o que el punto luminoso que lo proyecta esté en el indefinido matemático, que se asimila al infinito filosófico.

La primera posibilidad se descarta ya que para darle cabida a la humanidad es necesario que el objeto y su sombra estén separados por el espacio-tiempo. Y así vemos cómo la doctrina católica llena las exigencias de la ciencia:

la Santísima Trinidad siendo divina es infinita, al proyectar la cruz a través de las edades hace la sombra igual al objeto. La cruz de la bóveda del techo se proyectó a plomada en el piso para significar lo anterior. La cruz del techo forrada en granito blanco para representar la pureza de Jesús en todos los aspectos de su vida, y la del piso vaciada en granito negro porque además de ser proyección, está manchada por nuestras culpas.

La bóveda del techo es de curvatura amplia (combinación de elipse y círculo) ya que el círculo y la parábola artísticamente representan el abrazo de contacto, puesto que tienen curvatura cerrada. Como lo que representa la cruz es el abrazo de la Divinidad a la Humanidad era necesario expresarlo por un abrazo amplio, ya que los espíritus no se tocan sino que se confunden.

En los extremos donde muere la transversal de la cruz tenemos el contacto de Dios con el hombre. Del piso hacia arriba el contacto del hombre con Dios. Este espacio está definido por dos fuentes de luz (dos vitrales) significando el misticismo, como el sublime acercamiento del hombre a la Divinidad. Y se dice del místico que es un Iluminado. La física moderna dice, en una ley que puede ser superada pero no rectificada, que cuando un cuerpo alcanza la velocidad de la luz toda su masa se convierte en energía lumínica. He aquí que la ciencia y la religión han encontrado la misma imagen para expresar la misma idea. La cumbre de la ciencia se confunde en lo sublime religioso.

Inmediatamente debajo de los vitrales y en el piso, está la proyección del transversal de la cruz dispuesto en tal forma que durante el sacrificio de la Santa Misa el celebrante se mueva sobre lo que soportaría los brazos de Cristo, para representar la inspiración que el sacerdote pide en auxilio, para cada movimiento, a los miembros superiores enmudecidos por los clavos.

Porque si todo el cuerpo del Crucificado estaba lacerado y martirizado, los últimos esfuerzos de su energía vital debieron concentrarse en cada gota de sangre y en cada músculo de sus brazos. Y si en la proximidad del momento supremo quiso lanzar un clamor de angustia, no nacida de la desesperación sino de la necesidad de regresar al Padre, sus brazos, que son los canales por donde se derrama el alma en estado de exaltación, los encontró esclavos del madero. Todos esos infinitos dolores ocultos en las siete divinas palabras, los transformó El en el amoroso abrazo que representa el sacerdote al entregarnos su espíritu.

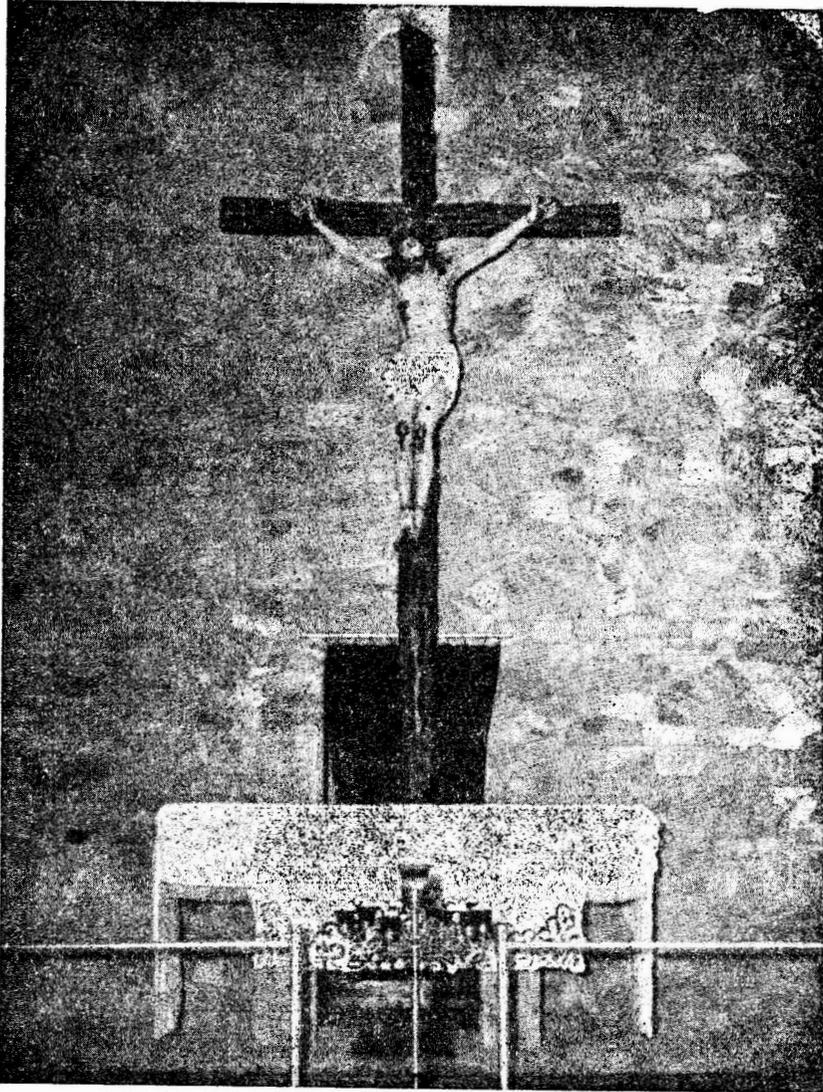
De labios de mi padre aprendí que, como él decía, en el camino del calvario el gran suplicio habían sido: la vara de caña, los salivazos en la cara, la desnudez y la corona de espinas, porque ante la burla y el escarnio todas las fuerzas humanas sucumben. Según la tradición al quedar Nuestro Señor yacente, su cabeza doblada situó la corona de espinas en el centro de la cruz. Por eso el sacerdote al arrodillarse para ofrecer el Santo Sacrificio lo hace en donde simbólicamente está la corona de espinas: la afrenta más dolorosa en su camino a la cruz.

En el piso, la base de esta cruz, en proyección horizontal, está formada por el umbral de la puerta y el atrio en granito blanco que constituye la peana. Aquí ya el color blanco es el símbolo de la pureza como fundamento de las relaciones humanas, desprendido de la vida de Cristo.

La santidad, como actitud del hombre ante la Divinidad, la define San Pablo como la superación permanente y continua de la voluntad sobre las demás facultades humanas. Concebí su representación abrumado por una inmensa amargura; la voluntad me la imaginé como un desnivel de la cabeza a los pies; mientras tengamos la cabeza más alta que los pies habrá siempre algo de voluntad

Notas

en nosotros. La postración suprema está representada cuando tengamos la cabeza y los pies a nivel: la muerte, entrega absoluta.



Como las pestañas de la cruz de la bóveda están formadas por pequeñas lajas, éstas van ascendiendo a medida que se acercan al altar gracias a que la cruz tiene más alta la parte superior que la base. Representan los distintos actos de la voluntad que es necesario que el hombre supere para llegar a la santidad.

La tercera categoría del alma ante Dios está formada por los virtuosos. Son aquellos hombres que realizan actos buenos sin llegar a la santidad ni al misticismo. Las virtudes son flores ofrecidas a la Divinidad. Como no han alcanzado la sublimación del santo ni del místico están afuera, no tan cerca de la divinidad. Está significada por la jardinera situada a la entrada del oratorio.

En cuanto a la parte decorativa: las seis lámparas que iluminan el oratorio en forma de cruz están dispuestas en los lugares que ocuparían: el clavo de los pies, la llega del costado, el clavo del brazo derecho, el clavo del brazo izquierdo, el inri y la corona de espinas; distribuidas cinco cuadradas (la forma de la cabeza de los clavos) que representarían las cinco llagas y una redonda como corona de espinas. Están más altas que las pestañas de la bóveda para que al establecer la iluminación indirecta se forme penumbra en los flancos de la cruz y resalte ella más vigorosamente.

La imagen de la Santísima Virgen va en un nicho lateral, sin advocación ninguna porque en el tremendo drama del calvario, la Virgen bien como Inmaculada, Purísima, Milagrosa, etc. es ante todo la Madre de Dios, y mientras siete puñales atravesaron su corazón vivió como espectadora la sublime hora de la crucifixión.

Un gran Cristo va en el fondo, con el altar como peana, hasta la bóveda en la parte superior, tallado en madera. Tal que la cruz superior y la inferior semejan su proyección en el cielo y en la tierra.

Finalmente, elegí la piedra como único elemento de ornamentación ya que en nuestra religión ella tiene un gran simbolismo. Cuando Nuestro Señor exaltó a San Pedro le dijo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Otro motivo nos lo confirma, cuando al explicar el milagro de Moisés, quien hace brotar agua de la roca al contacto con la vara dice San Pablo que esa piedra es Cristo. Pero aún más, es Cristo mismo el que escoge la piedra como su símbolo, según aquel terrible e impresionante pasaje: "La piedra que rechazaron los constructores fue hecha cabeza de esquina. Y el que cayere sobre esta piedra se hará añicos, y aquél sobre quien ella cayere será pulverizado".

Los primeros templos cristianos fueron contruidos en piedra ya que en su majestad inerte encontramos un símbolo grandioso de la Iglesia inconvencible. Así creo conciliar la tradición que se nutre de la sangre joven renovada en el avance de los tiempos.

Confieso con toda sinceridad que sólo he querido insinuar algunas ideas, cuyo valor, si es que lo estiman así los verdaderos artistas, las veamos expresadas algún día en una forma bella.

ORACION A NUESTRA SEÑORA

Por Carlos Betancur Arias

Señora y Madre Nuestra:

Hemos dejado de pensar, Señora, en los diarios ajeteos que la vida ordinaria nos impone, para acercarnos a Tí, en esta tarde solemne: desde que se levantó la aurora de este día hemos tenido, todos los que aquí nos congregamos, un solo pensamiento que ha sido guía de sus horas y camino por donde ascendimos a la alegría sustancial de este momento: Tu nombre y Tu presencia en las efigies sacrosantas que han oído tus ruegos de diez generaciones; que han visto

Notas

prosternadas las cabezas agobiadas de nuestros abuelos antañones; que han sonreído ante la mirada limpia y pura de los párvulos que fueron y que son; que han consolado la agitada condición humana de huérfanos y viudas, y han extendido siempre la mano oferente del rosario para que se encuentre en su salmodia de conduplicación espiritual, el alivio de las penas amargas y la causa de la alegría de todos.

Nos ha congregado aquí tu nombre de bendición que es causa de nuestra esperanza; nos liga en este instante el mismo amor a quien tiene la llave de nuestras más caras y profundas emociones cristianas, y que es aceite ardoroso de **nuestra fe; nos ata la misma caridad en el nombre de Cristo**, que es signo inequívoco de nuestra vida eterna. Hemos levantado en esta tarde nuestra mirada hacia la más pura y esencial dignificación de nuestra humilde naturaleza; nos estamos solazando en Tí, que eres la causa de la alegría de los cristianos, fuente de nuestra redención y camino seguro de nuestra feliz eternidad; en Tí, que fuiste librada, por excepción bien lógica y sencilla, de la mácula original, del signo de esclavitud con que todos hemos nacido, porque desde ese entonces fuiste Reina en el tiempo, cuando habías sido preservada ya y dignificada, con esa esencial realeza, desde los profundos senos de la misma eternidad.

En tu Inmaculada Concepción tiene principio la misma redención: alumbrada fuiste así con la sombra del Espíritu Santo desde el instante mismo de la concepción de tu humana naturaleza: se encuentra en los escritos de los Santos Padres y en la tradición misma de la Iglesia, esa doctrina desde el principio evangélico de nuestra formación teológica: era apenas natural que siendo Madre de Dios, no tuvieras mácula ni en el principio siquiera, ya que Dios aborrece todo lunar y toda arruga en el orden moral. Si es cierto que en la sucesión de los años, llegó el día y la hora en que la boca del Pontífice infalible promulgó, en medio de una avenida de cantares jubilosos, tu Inmaculada Concepción, también lo es que en el corazón de los cristianos de veras, era verdad exultada con alegría infinita y era apenas deducción lógica en el razonar de los doctores de la Iglesia de tu Cristo.

Y ahora, en estas conmemoraciones que nuestros Santos Pastores han organizado, dejando oír la tufa de plata que congrega a los creyentes a la sombra de tus plantas, hemos llegado nosotros con el fervor de la alegría filial, ante la Madre en su día de fiesta: y el piadoso grupo de los organizadores, que tienen corazón en el que caben todas las bondades, y tienen inclusive permitido por Tí, el derecho de las humanas equivocaciones, me fueron a llamar a mí, el más humilde de los juglares de tu nombre, para que te ofreciera este homenaje. La razón para que me atreviera a tanto, está en el argumento cordial del Presidente del Comité Organizador de estos festejos, de que a Tí, dulce Señora, nadie podía negarte nada. Y aquí estoy en tu presencia santa, iluminada mi fe con los resplandores de tu gracia maternal; sintiendo que mi debilidad humana tiene una invitación en tu celestial sonrisa; que mis flacas ideas y mis cortas palabras te deben sonar bien al oído, porque las madres se complacen de manera especial haciendo repetir las frases deshilvanadas a sus hijos tartamudos, en el principio del balbuceo, y las premian con especial afecto por un esfuerzo que no traduce, pero apenas insinúa las ideas.

Siendo Tú la dignificación y glorificación de la raza humana, eres también la alegría y la honra de nuestro pueblo: bien está que, ya no sólo en el callado ambiente de la casa, en donde cada uno de nosotros te ha levantado un trono y a diario te implora la asistencia ahora y en la hora de la muerte, y te

Notas

saluda llena de gracia y bendita entre todas las mujeres y bendice tus entrañas en donde floreció la misma carne redentora, te rindamos este público homenaje de amor, en donde clame a voz en grito nuestra alegría en tu nombre, para que tenga una compuerta abierta nuestro entusiasmo humano al contacto de la verdad que redime; para que alabemos al Señor que en el principio mismo de la Redención elevó nuestra miseria y dignificó nuestro barro en tu persona haciéndote llena de gracia.

Y bien está, también, que te ofrezcamos nuestros dones escasos, en la corta medida en que lo permite nuestra indigencia y nuestra profunda miseria: tentado estoy a decirte, Madre nuestra, con las palabras de Paul Valery, que a pesar de nuestro loco entusiasmo por segar frutos maduros en los campos de nuestro espíritu, no hemos encontrado más que pobres espigas flacas, ardidadas por la canícula de las pasiones en nuestra alma; el mosto es imposible porque los racimos están reseco por falta de zumo que nutra de vida los sarmientos; no tenemos, Señora, para esta ofrenda, ni pan ni vino en el orden de nuestro espíritu. Nos consideramos indigentes, con una indigencia personal lamentable, pero San Pablo nos enseñó desde el principio que por nosotros nada podemos, nada valemos, nada merecemos, nada tenemos: todo lo podemos, valemos una eternidad, merecemos un cielo, tenemos prometida una gloria en nombre de tu Hijo, y por tu maternal mediación. Por ello no estamos desesperados y podemos ofrecerte, Madre bien amada, el pan que ha nutrido nuestra alma, que, después de haber reventado en espigas maduras en nuestros campos feraces, ha sido transustanciado en la Carne de Cristo para nuestro alimento y nuestra fortaleza: ese es el pan que te ofrecemos; hemos bebido también para calmar nuestra sed espiritual, el jugo de las vides de la tierra, que el milagro eucarístico ha convertido en la sangre del Señor, que es jugo de tus propias entrañas y traemos a este homenaje los labios aún tintos del generoso licor. Pan y vino te ofrendamos, pan y vino que brotó en tu propia carne, Señora, para nuestro reparo y salvación. No podíamos traerte una ofrenda mejor, en esta tarde dichosa: cuando el sacerdote elevó no hace mucho, nuestra ofrenda común, ya que somos cooferentes del sacrificio; todos los que estamos aquí presentes te hicimos la ofrenda, que Tú acogiste bien en el propio fondo de nuestros corazones manchados, que brillan con luces de eternidad al contacto de la Eucaristía.

Y ahora, Señora, perdona si te hacemos partícipe de nuestras necesidades: nunca podemos librarnos de ellas, mientras estemos revestidos del barro torpe que ariscó el pecado.

Leemos en las historias antiguas, que Tú fuiste siempre quien quebrantó la cabeza de toda herejía que brotaba en el campo del Señor: sabemos que tu leve pie ha aprisionado para siempre el áspid que envenena el mundo con el vaho torpe de la anti-doctrina; sabemos también que en esta época moderna te has mostrado solícita como nunca por la suerte de la raza humana: que en Lourdes, has hecho brotar una fuente de consuelo universal; que en la capilla de las Vicentinas, entregaste el mensaje de los milagros a una humilde religiosa; que en Cova de Iria has izado la bandera de la paz universal, en los calamitosos tiempos que ahora contempla atónita la historia. En nuestra propia patria, y en nuestro propio suelo has levantado cátedra de bondades sin cuento: en la iglesia de La Candelaria has enjugado muchas lágrimas calladas y has levantado muchos corazones abatidos; en el santuario de La Estrella has tenido el centro del paisaje religioso de Antioquia y te has mostrado Madre de infinitas ternuras. Casi podríamos afirmar que no hay uno solo de los creyentes de esta tierra, que no

Notas

haya ido en piadosa peregrinación hasta tus plantas, para solicitar una ayuda o para rendirte palmas de tributo y de agradecimiento. En ese argumento histórico tenemos fincada nuestra fe y nuestra esperanza para la reedificación de nuestra propia nacionalidad cristiana. Si te he hecho este recuento, tómalo Señora a simple argucia de quien no sabe decir de otro modo su pensamiento, para comprometer tu asistencia en esta hora tremenda de la vida de la patria.

Tremenda, porque el boceto espiritual de esta época es desconsolador: parece que somos muy cristianos, y Tú sabes, Señora, que no lo somos en espíritu y en verdad: confesamos a Cristo con los labios, y en veces sentimos el entusiasmo incontrolado de nuestra fe, en estas clásicas celebraciones, pero nuestro corazón no está firme en sus creencias y palpita con demasiada insistencia ante los incentivos sensoriales; decimos que no negamos ninguno de los dogmas de la fe, y tenemos miedo de confesar nuestro amor a Dios delante de los hombres, con preferencia al propio amor de las criaturas; cuando la vida cristiana exige de nosotros pequeños sacrificios, renunciamos a nuestra vida cristiana, y caemos en la herejía práctica de quien niega lo que antes creía; predicamos en cátedras y en vocerías oficiales y oficiosas la justicia, y en la práctica nos alejamos de ella, haciendo del humilde y del débil una víctima de la fuerza material, moral o autoritaria. Reducimos, en las relaciones del capital y del trabajo, la dignidad de la persona humana a su ínfima expresión: el hombre no tiene conciencia moral de su destino, y forma una familia sin conciencia moral de su responsabilidad; la familia se desquicia, y la familia es la zarpa de la estructura social, que amenaza derrumbarse.

Estamos avocados a un caos tremendo en nuestra historia: los que nos preocupamos por estos temas, estamos contemplando ahora un vórtice tremendo, que jamás antes se había visto, en el centro de la historia del mundo: los hombres quieren fabricar la historia y desconocen los designios providenciales que la orientan y dirigen. En todo ello, Madre nuestra del constante amparo, está la mano del enemigo que siembra cizaña en los campos del Señor: la semilla de las tres concupiscencias es copiosa y germina con desconcertante facilidad: el dinero hincha el loco corazón de los hombres, y lo embriaga de placeres; los placeres y el dinero envanecen la vida y entronizan en las relaciones humanas el orgullo, "que es prurito de superioridad".

Las desmedidas ambiciones de los hombres llevan a excesos incontrolados sus conquistas: conquista infame de las conciencias para la consecución de fines preconcebidos; conquistas de los pueblos sometiéndolos al yugo de imposiciones que desdican de la dignidad de la persona humana; conquistas negativas de los enemigos por la incuria de quienes tienen en sus manos y en su responsabilidad la cura de la comunidad, en el ordenamiento de la razón para el bien común; conquistas del enemigo en el campo de la sociedad, y aún en el campo de los estados; conquistas de los pueblos fuertes sobre los pueblos débiles, haciendo inoperantes los postulados de las sociedades de naciones, que tratan de regular las relaciones de los Estados; desconocimiento de los derechos civiles de los hombres, y de los mandamientos del derecho internacional, que cada uno de los Estados quiere hacerse a su propio amaño, de acuerdo con sus posibilidades violentas.

En esta forma se ha venido preparando el caos universal: la guerra de tremendas proporciones que no ha mucho azoló el mundo, fue el fruto de semejantes raíces; y sabemos, Señora, que si los hombres no vuelven sus pasos sinceramente hacia la cuna de Belén, para encontrarte a Tí ofreciendo al mundo

Notas

el Divino Fruto de tus entrañas, no se podrán oír, resonando en las alturas, las voces que proclaman la gloria de Dios y la paz para los hombres de buena voluntad.

Ahora el mundo se debate en constante guerra de nervios; y en algunos lugares del planeta existen todavía los violentos desvaríos de las pasiones; y la inocultable fuerza del enemigo tiende sus zarpas sobre presas sucesivas. Y entre el estruendo de las máquinas de destrucción que la propia civilización ha fabricado, aterran los ojos desorbitados de los hombres los resplandores diabólicos de la desintegración atómica.

Has visto también, Señora, cómo en nuestra propia patria, puesta bajo el cetro suave del Divino Corazón de tu Hijo, amparada por la sombra de los campanarios de Chiquinquirá, Las Lajas, La Estrella, La Candelaria, y mil más que la piedad filial de tus hijos han levantado hasta en los más remotos lugares de nuestra geografía, la violencia se ha desatado como un castigo a nuestras propias culpas: los hermanos han levantado la mano prolongada con el arma, contra el hermano; la sangre de muchos inocentes ha regado de fertilidad martirizante los campos de esta tierra; los odios encendidos por insanas pasiones, avivadas por los emisarios del error, han crecido y se han tornado violentos. Bien sabes, Señora, cómo en cada uno de los hijos de esta patria alienta una constante zozobra por algo que se avisora en el horizonte, sin poderse determinar.

Por eso, Señora, si siempre hemos tenido los ojos de la cara y los ojos del espíritu puesto en Tí, como Estrella Polar que guía nuestro rumbo e ilumina nuestra vía, en este jubileo del año santo que toca ya a su fin, nos hemos acogido con especial empeño a la sombra de tu manto, para solicitar el cobijo de tu maternal amparo, y en esta hora en que estamos temiendo tanto por nuestra estabilidad social te hacemos, con todas las veras del alma, esta petición: Necesitamos Señora, con necesidad urgente, la paz: la paz es un don divino: sólo Dios puede otorgarla como fruto del derecho y de la justicia, y sólo tus manos pueden ser los canales por donde la humanidad, sumida en constante zozobra, puede recibirla. Tu mensaje a los humildes niños de la Cova de Iría, así lo ha enseñado: la paz universal se consigue rezando el Santo Rosario. Por tal modo el mundo católico ha entendido que la paz se prodiga por tu mediación: Dadnos la paz, Madre y Reina nuestra: la paz interior que haga crecer constantemente en nuestra alma la flor de la esperanza. Bien sabemos que la paz es fruto primigenio de la propia justicia: por eso, Señora, queremos que la justicia tenga su reinado en la tierra, para que se nos otorgue el don de la paz: que la justicia distributiva se extienda en nuestro Estado, en tal forma que cada hombre sienta afán en el cumplimiento de todos sus deberes, porque se le reconocen sus derechos; que cada hombre tenga fuerza en el ánimo para sobrellevar las cargas sociales, porque ha recibido su parte de beneficios. Que la justicia social se extienda como un manto que cobije el mundo, para que lo ampare de la canícula de las fieras pasiones y asombre el alma atormentada de los ricos y de los pobres: para que aquellos sean verdaderos cajeros de la Providencia para la ayuda al hermano desvalido y al prójimo necesitado; y éstos, conlleven sus trabajos y sinsabores con la esperanza próxima de la solución de sus problemas por la cooperación universal en el nombre de Cristo, tu Hijo, y con la esperanza de la eterna resurrección. Que la justicia conmutativa sea virtud que viva en el corazón de todos los hombres, para que se realice en el mundo, en la necesaria relación humana, la fórmula de la anhelada paz y del sosiego en el cumplimiento personal de los deberes frente al prójimo.

Notas

La paz que contenga el corazón en sus suaves latidos; la paz que signifique sosiego personal en el cumplimiento de los deberes; la paz que sea un trasunto de la felicidad eterna; la paz personal, que provenga de la confirmación de nuestros actos con los dictados de nuestra conciencia, la esperamos, Señora, como regalo a nuestra insistencia, de tu propio corazón.

La paz en nuestras familias, dulcísima Señora, queremos que sea trasunto de la que saturó el ambiente de la casa de Nazaret; sabemos, es cierto, que siempre sería una realidad en cada hogar, si ellos imitaran las virtudes de aquella santa casa; tu perfección en el propio límite de lo infinito, que dignifica por modo soberano la humilde naturaleza de nuestro barro arisco, es para nosotros sustentáculo de la esperanza; pero bien sabemos de nuestra debilidad y de nuestro contacto, desde el principio de nuestro origen, con el pecado; si estas gracias, a más de nuestra excelente voluntad de servicio, por las vías del conocimiento y del amor, no las recibimos como regalo de tus manos, nunca podríamos merecerlas de condigno, en nuestro nombre: sabemos también y ello refuerza nuestra esperanza y da audacia a nuestra petición, que en el nombre de tu Hijo, que es la fuente de la gracia, todo lo merecemos por El, con El y en El.

La paz social será apenas un trasunto de la paz personal y de la paz familiar, si ese estado nos fuera concedido, Señora: por los méritos de los justos, que en esta ciudad, en este departamento, en esta nación, son más de diez, dadnos la paz general, que cubra nuestra vida y ampare nuestra esperanza para la lucha cotidiana.

Las fuerzas del mal, que ahora tienen el nombre de comunismo, amenazan la paz universal; sabemos que el mundo se polariza en el cristianismo, específicamente en el catolicismo y en el comunismo: vemos con renovada angustia que cada día se libran batallas de nervios, en las cuales cada quien va tomando su partido, y va adquiriendo posiciones; parece la historia de la humanidad, un vasto campo en el que los enemigos van buscando el lugar para la lucha tremenda: sólo pedimos, Señora, que tengamos fortaleza de espíritu, firmeza de ánimo para afrontar nuestro destino: sólo queremos seguir creyendo con fe firme en la promesa de que nunca las fuerzas del mal prevalecerán contra los sillares en que se asienta la basílica del Señor en nuestro espíritu; te pedimos esa fortaleza para la lucha, pero queremos declarar aquí que, si hemos tomado parte para que el mundo se materialice, estamos arrepentidos de ello: el espíritu debe guiar nuestros pasos, y queremos que en realidad los guíe: si nuestras palabras buscan el espíritu en la riqueza, y nuestros deseos utilizan la riqueza, en la corta o larga medida en que la poseamos, para la consecución del placer que rebaja nuestra condición humana; y si la riqueza y el placer así entendido, son fundamento para la soberbia o prurito de superioridad, bien entendemos ahora que estamos descaminados, y queremos que Tú, Señora, ilumines nuestra senda para orientar por ella nuestros pies. No permitas, Señora, que ninguna de las personas aquí congregadas y que ahora te rendimos este homenaje de amor, vuelva de ahora hasta siempre, a ser incentivo de pecado: nosotros hemos sido desviados y desviadores muchas veces: nuestras palabras, nuestros gestos y actos, han quitado la paz a muchas almas, cuando les han robado la gracia. No queremos que ello vuelva a suceder y te solicitamos que nos fortalezcas el espíritu para la perseverancia.

Queremos, por último, Señora, que la voluntad divina sea la pauta de nuestra humana voluntad, y que nosotros tengamos la fortaleza de izarla en la cima de nuestros propios corazones, como la blanca bandera de la paz.